

Cosquillas

Núm. 7



Vivir preso de Amor vale la pena—si se tiene estos brazos por cadena.

15 Cént.

y **Pellizcos**

Los pendientes

¡Bonito negocio ha hecho un individuo de Madrid llamado Amadeo!.. ó don Amadeo... (á cada cual lo suyo.)

Este señor casó hace pocos meses con una señorita horriblemente celosa: más alta que él, más fuerte que él y con el genio más atravesado que un contrabandista. Sobre tantas desgracias, don Amadeo tuvo la de enamorarse perdidamente de Carolina, su doncella; una joven de dieciséis años, sonrosadita y metida en carnes, que habla en voz baja y sin levantar los ojos del suelo, y la de captarse con esta desdichada pasión los odios de Carmen, la cocinera.

Carmen, que ya pasa del medio siglo, ha visto nacer á su señorita: ella la recogió apenas salida del vientre de su madre, y más tarde la enseñó á andar y á decir las primeras palabras y á persignarse... y la repasó el A. B. C. Era, pues, algo suyo, que despertaba en ella el celoso amor de la maternidad.

Mucho antes que don Amadeo pusiera sus ojos y sus ansias en Carolina, ya Carmen había recibido esta posibilidad y andaba con la barba sobre el hombro, atisbando los malos y buenos pasos del señor.

Y todo fué sucediendo conforme ella temió. Don Amadeo se enamoraba de Carolina; y Carolina se dejaba querer...

El pobre esposo, que estaba bien lejos de sospechar la fiscalización de que era objeto, se limitó á huir de su mujer para requebrar á la doncella, mientras Carolina ponía la mesa, ó por los pasillos, y aprovechaba los lugares donde la obscuridad favorecía las aproximaciones pecaminosas.

—Carolina, estoy loco por ti.

—Señorito, por Dios...

—¡Cállate, simple! El cielo no se ocupa de estas cosas.

Y la abrazaba estrechamente. Carmen, que de todo se enteraba, les oía desde la cocina mordiendo los labios, con los brazos puestos en jarras, mascullando amenazas terribles, compadeciendo la triste suerte de su señorita que aun sin ser una malva, se pasaba de inocente, de buena... y de sorda.

Vulnerant omnes, ultima neeat, escribían los romanos, aludiendo á las horas, sobre el cuadrante de los relojes de sus templos.

Otro tanto podría decir don Amadeo recordando la hora fatal que le trajo la noche del domingo.

Doña Gertrudis, la señorita, había salido de paseo con unas primas suyas, y su marido y Carolina, pudieron hablar un instante, con relativa holgura, en el recibimiento, mientras él, que volvía de la calle, se quitaba el gabán.



—Esta noche—murmuró don Amadeo acercando sus labios glotonos á la sonrosada oreja de la muchacha,—iré á verte, hablaremos.

—No puede ser.. ya sabe usted que no puede ser...

—¿Por qué?

—Porque Carmen duerme en mi habitación.

—No importa; Carmen tiene el sueño pesado; hablaremos callando.

—¿Y si rechina la cerradura?

—Deja la puerta entreabierta.

—¿Y si rechinan los goznes?

—Untalos con aceite.

—Pero...

—Te regalaré unos pendientes preciosos que compré ayer para tí... Cuatrocientas veinte pesetas; ¡figúrate!

Ella vacilaba: el perverso don Amadeo repitió la cantidad lentamente: «Cuatrocientas... veinte... pesetas.» ¡Un capital!

—Bien... esta noche... después de las doce...

Minutos antes de la hora convenida, don Amadeo salió cautelosamente de su habitación, deslizóse con pasos felinos á lo largo de un carrejo oscuro, y penetró en el dormitorio de sus sirvientes.

Al cerrar la puerta, unos brazos nervudos le detuvieron; los brazos de Carmen, que le esperaba con ansiedad.

—Lo sé todo—dijo,—lo he oído todo. Suelte usted esos pendientes.

El quiso resistir; parecía altamente ridículo obedecer á la cocinera.

—Si no cede usted—agregó la cocinera,—si no me da esos primorosos pendientes que ha comprado para Carolina, empiezo á gritar, despierto á la señorita y la pongo al corriente de cuanto sucede.

Don Amadeo cedió: ¿cómo no? Ante las amenazas de la forzada Carmen sentíase débil. Pero su suplicio no había concluido todavía.

—Venga usted—dijo Carmen empujándole hacia dentro;—tenemos que hablar de algo verdaderamente importante.

¿A qué referir lo que sucedió?

Fué horrible... ¡horrible!...

Al día siguiente Carmen buscó un pretexto para despedir á Carolina y lo consiguió.

**

Ella, Dios se lo pague, es quien me ha referido todo esto.

Doña Gertrudis, la señorita, luce los pendientes

que su esposo compró con tan malos fines, y cuando sus amigas los celebran ponderando su elegancia y calidad, don Amadeo, por no llorar, se muerde los labios.

Lo peor es que la cocinera se halla completamente enamorada de él...

¡Pobre hombre! ¡Qué desgracia la suya!

¡Compadezcámosle! ... Porque bien lo merece.



DON LUIS



No porque nos hallemos en plena Semana de Pasión deja de divertirse la gente. Cualquiera, al ver lo contentos que estamos todos, creería que nadamos en la opulencia y que Madrid es el pueblo más dichoso del mundo. Los merenderos de las Ventas, los Viveros, la Bombilla y las Ventas rebosan de concurrentes, sobre todo los domingos y fiestas de guardar.

Cien amantes parejas entréganse al baile al son del estridente piano de manubrio, y allí se ve, en dulce consorcio, al atolondrado dependiente del ramo de géneros de punto y á la sensible modista; al raudo amanuense de la clase de curiales y á la espiritual doncella de labor, y al viudo verde que trata de seducir con dádivas y galanteos á la cocinera candorosa. También acuden á los merenderos las señoritas en estado de merecer acompañadas de sus mamás respectivas. Salen de casa fingiendo que quieren respirar aires campestres, y llegan hasta las Ventas del Espíritu Santo. Ya allí, miran con afectada indiferencia á los jóvenes que bailan al aire libre, hasta que uno de éstos, más atrevido que los demás, se acerca á las señoritas, diciéndolas:

—Con permiso de su mamá, ¿quiere alguna de ustedes compartir conmigo esta mazurca?

La mamá contesta:

—Mis hijas no tienen la costumbre de bailar en estos sitios ordinarios.

—Debo advertir á *ustez*—replica el joven—que aquí se baila con mucha decencia.

—¿Tiene *ustez* las manos limpias?—insiste la mamá.

—Sí, señora.

—Pues puede usted bailar con mi niña, la mayor; pero póngase un pañuelo en la mano de la cintura, para no ensuciarle el vestido.

El joven envuelve la siniestra en el blanco pañuelo, para evitar que el sudor ensucie la cintura de su pareja, y rompe á bailar con frenesí.

La hermana menor es, á su vez, invitada al baile por otro joven, compañero del anterior, y cinco minutos después la mamá se identifica con la situación y acaba por prescindir de escrúpulos y aceptar la merienda que le ofrecen los chicos bailarines.

—Van ustedes á aceptar un pequeño obsequio—dice uno de éstos.

—No se moleste usted—contesta la mamá por decir algo.

—Aquí hacen una pepitoria superior—replica el joven.

—¡Ay, pepitoria!—exclama una de las chicas abriendo el ojo.

—¿Le gusta á usted?—pregunta su pareja.

—¡Con delirio!

Los dos jóvenes calaveras se apresuran á llamar al mozo para que sirva la merienda, y acaban por apoderarse de la voluntad de la madre y del amor de las niñas, ofreciéndolo-





las pepitoria, aceitunas, queso de bola y vino tinto de la tierra, que sabe á pez.

— ¡Pero qué simpáticos son!— dice la mamá después de haber llenado el buche.— ¿Cómo se llaman ustedes?

—Yo, Camilo - contesta uno.

—Yo, Emeterio—añade el otro.

—¿Son ustedes de aquí?

—No, señora; somos de la Delegación de Hacienda.

—¡Ah! ¿funcionarios públicos?

—Con mil doscientas cincuenta pesetas anuales.

—¡Qué posición tan bonita!

A la mamá se le ha subido la pepitoria á la cabeza, y todo lo vé de color de rosa; pero no por eso deja de notar que la mano derecha de cada uno de los jóvenes ha desaparecido de la mesa y que ambos accionan solamente con la zurda. Ella no se atreve á preguntar dónde se ocultan aquellas dos manos; pero tose varias veces con marcada intención, y acaba por decir á sus niñas en voz baja:

—Mucho cuidado; no conviene darles demasiada confianza.

Las niñas, rojas como guindas, contestan con un gesto que quiere indicar:

—No te intranquilies. Se trata de escarceos inocentes.

Hasta aquí la cosa no tiene nada de particular: las niñas oyen las frases vehementes de sus galanes, y les permiten, todo lo más, que las pisen los pies por debajo de la mesa y estrechen la mano con efusión; pero después vienen las confianzas, producto del trato y de los vapores del vinillo, y acaban por permitir que las apreten la cintura al menor descuido. Entonces la mamá se pone en guardia y concluye por decir á los jóvenes galantes:

—Advierto á ustedes que mis niñas son dos criaturas sin picardía de ninguna clase, y que no tienen costumbre de venir á estos sitios. Han aceptado la merienda porque son ustedes personas decentes; y quiere decirse, que si ustedes desean entablar relaciones formales, no me opondré á que entren en casa; pero, ¡por Dios!, no se arrimen ustedes tanto, que la gente se fija y van á creer lo que no hay. Si su padre volviera, hoy tendría un disgusto muy grande.

—Pero, señora, no hay motivo para que usted se intranquile—exclama uno de los jóvenes.—¿Qué hemos hecho nosotros?

—No me negará usted que en la última mazurca ha estado metiéndole la pierna á Mariquita, y eso es muy feo.

—Señora, permítame usted que proteste.

—No, mamá—interrumpe la aludida;—Emeterio no ha hecho nada reprehensible.

A fuerza de explicaciones la mamá se convence, y deja que las niñas sigan bailando como las acomode, no sin decir de cuando en cuando:

—Mis niñas no tienen costumbre de venir á estos sitios.

Y, entretanto, otros jóvenes que presencian el bailoteo, murmuran:

—Mira, mira cómo bailan las de Tatarrete. ¿Quiénes serán esos infelices que las han convidado á merendar?

LUIS TABOADA



Estrellas... con rabo

ALICE BAER

Llego al Alcázar Español, voy á entrar y el portero me pide la entrada. Yo saco la cartera, le muestro mis credenciales, quiero darle á entender que soy *invulnerable* y el portero se hace el sueco.

—Si usted quiere—me dice con buenos modales,—llamaremos al *dueño*.

Lllaman al *dueño*; pasan diez minutos y yo, viendo que la cosa va camino del *statu quo*, tomo asiento y saco la *prensa* de la noche. Mis ojos, vagabundeando á lo largo de las columnas de letra menuda, tropiezan con *Jerónimo Paturot, Escritor Prerrafaelista*. Yo cierro los ojos lánguidamente, retrotaigo á mi memoria un macferlán, una cazadora de pana, de color *desvanecido*... por la influencia del sol, un conato de dulces, ensortijadas guedejas... y pienso en Chiorino.

El *dueño* no ha venido aún. Yo sigo hojeando la prensa. Después, cuando ya voy impacientándome, viene un joven que no es el *dueño*, pero que viene de su parte, seguramente. Me explico, él me cuenta infinidad de casos raros, y acaba rogándome que espere, que va á consultar el caso con el *dueño*.

¡Un cuarto de hora más en honor al dichoso *dueño*! Por fin se abren las puertas á mi paso. El portero tiene orden de reconocerme y acatarme en lo sucesivo.

Entro en el foyer. Hay muchas mujeres muy descotadas y con las faldas muy cortas. Yo estoy desorientado. Junto á mí pasa un joven completamente afeitado y yo le interrogo; quiero orientarme.

—Yo soy el encargado—me dice—¿Qué quiere usted?

—Conferenciar con las niñas.

—¡Ah! Eso es muy difícil. Dígame qué quiere saber de ellas y yo le traeré datos, postales... que tendrá usted que devolverme...

—Pero ¿está usted loco?

—¡Oh! Aquí lo hacemos así...

Luego, después de un sin fin de inconvenientes, aquel joven afeitado me invita á seguirle. Delante de nosotros van algunas artistas.

Empezamos á atravesar corredores, salones, gabinetes...

—Oiga usted, joven: ¿vamos al infierno?—le digo.

—No, señor, á la gloria.

Llegamos á un cuartito pequeño, en donde hay una mesa y una silla, y allí me presentan á Alice Baer. Yo no la conocía. Alice es una francesita morena, de ojos expresivos, muy viva y muy parlanchina. El pollito que me acompaña no me deja hablar. Le explico mi objeto y ella parece entusiasmarse. Me pregunta cosas, me mira cariñosa y tierna y yo no puedo enterarme más que de que es una *estrella cómica excéntrica*, que debutó en Montmartre y que ha recorrido la Ceca y la Meca.

Mi acompañante no me deja acabar mis preguntas. Parece celoso.

Por fin, después de un breve rato de flirteo anodino, yo le digo á Alice que me cuente una aventura picaresca.

Y el joven de rostro afeitado, me dice que eso es querer saber demasiado...

Salgo del cuarto, atravieso corredores, salones y gabinetes y salgo. El portero me saluda amablemente, y yo, una vez en la calle, pienso en si he ido á un Café-Concierto ó á un convento de arrepentidas.

Y... ¡por la memoria de un tío mío... que está en el pueblo... juro no volver al Alcázar Español. ¡Antes el *morbo*!



(CUENTO VIEJO)

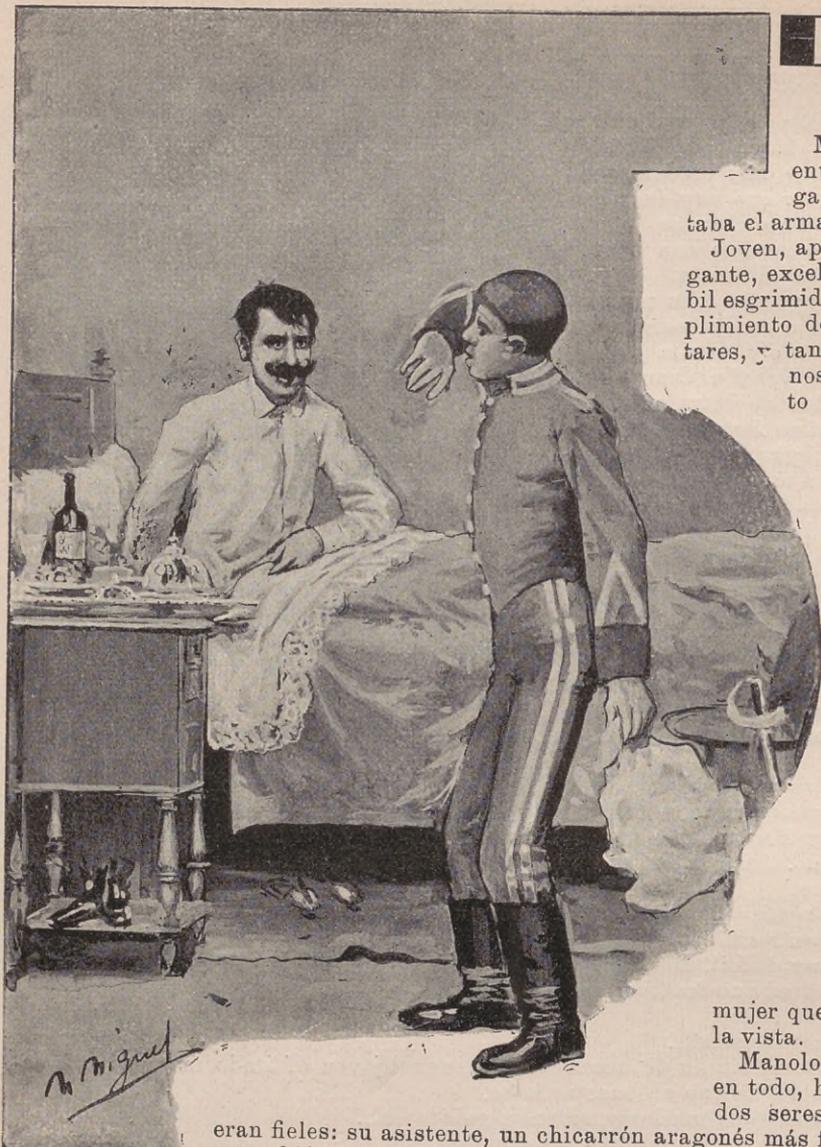
Manolo era, por aquel entonces, el mozo más gallardo con que contaba el arma de caballería.

Joven, apuesto, decidor, elegante, excelentísimo jinete, hábil esgrimidor, celoso en el cumplimiento de sus deberes militares, y tan celoso, por lo menos, en el cumplimiento de sus masculinos deberes, sus jefes le apreciaban, sus compañeros le querían, adorábanle sus soldados y las mujeres se pirraban por él.

Cuando se ajustaba su uniforme de húsar, vuelto hacia arriba el áspero bigote, erguido el cuerpo, atorilladas las rodillas al vientre del caballo y dominado éste por la simpar destreza del caballero, cruzaba Manolo por las calles de Madrid, no había hombre que no le envidiara, ni

mujer que no le siguiese con la vista.

Manolo, por tener suerte en todo, había tropezado con dos seres humanos que le



eran fieles: su asistente, un chicarrón aragonés más fuerte que un mulo y también más animal que un mulo, y su querida, una duquesa de linaje rancio y carne joven, encantadora viuda que, libre en sus acciones y de su voluntad, había rendido una y otra á merced del arrogante teniente de húsares.

Habitaba Manolo una modesta casa de huéspedes y la duquesa un palacio espléndido. El mozo iba á almorzar á diario con la duquesa, y aseguran malas lenguas que después del teatro y de despedirse públicamente de la hermosísima aristócrata en la puerta grande del hermosísimo palacio, volvía la esquina y entrábase por una puerta falsa á la casa señorial, y dentro de ella estaba hasta las primeras tintas del crepúsculo matutino.

En una de estas salidas atrapó el galán un constipado; y, cuando al mediar el día abrió los ojos, dióse cuenta de que le era imposible ir al cotidiano almuerzo con su querida.

—¡Ramón! ¡Ramón!—gritó el oficial con voz gangosa.

—¿Qué quíe usted, mi *tiniente*?—dijo, presentándose, el ayuda de cámara cuartelero.

—Mira: vas á llegarte á casa de la señora duquesa y le dices que estoy constipado, con calentura, y que no puedo ir á almorzar con ella. ¡Ah!... Tráete almuerzo de paso.

—Salió el asistente al galope, y Manolo, arrebujándose entre las sábanas, se puso á maldecir de su mala suerte, acompañando las maldiciones con múltiples estornudos.

No había transcurrido media hora, cuando volvió Ramón trayendo en las manos, cubierta por una servilleta, una bandeja de grandes dimensiones.

—La *señá* duquesa, *qui* siente mucho lo del *costi-pao* y que *s'alivie osté*. Aquí traigo el almuerzo.

—Pues anda, sírvelo de prisa que tengo hambre.

Levantó Ramón la servilleta, ¡y cuál no sería el asombro del oficial viendo que, sobre la inmensa bandeja de plata, extendiase un lujoso servicio de artística hechura!

—Oye —preguntó á su asistente,—¿de qué café has traído el almuerzo?

—De *nenguno*.

—¿Cómo de ninguno?

—¡A ver! *Li* he dicho á la duquesa que *osté* estaba enfermo, que no podía *dir* á almorzar, que me diese el almuerzo. *Mi* lo ha *dao* y lo *hi* traído.

¡Animal!... ¡Bruto!...

—gritó Manolo echándose de la cama abajo. —

—Me has puesto en ridículo! ¿Qué habrá dicho Fernanda!... ¡Voy á hacer albondiguillas con tu carne!—Y tirando de hoja, descargó sobre las espaldas de su asistente una docena de cintarazos.

—¡Ay! ¡Ay! —exclamaba el pobre aragonés.

—Pero ¿*qui* hecho yo?

—¿Qué has hecho!... ¡Una friolera!

—respondió Manolo dejando el sable sobre una silla y metiéndose en la cama otra vez.

—Escucha—añadió,—ahí en mi bolsillo hay cinco duros. Cógelos. ¿Está ya? Bueno. Ahora fíjate bien en lo que te mando.

—*Descuidie osté*.

—Con estos cinco duros te vas al puesto de la florista, á la Carrera de San Jerónimo, y la dices: Hágame usted un ramo de cinco duros para el teniente Alonso. Cuando esté hecho el ramo, lo coges y te marchas á casa de la condesa; una vez allí preguntas á Juana, la doncella, por su señora y que la llame, porque tienes que darle un recado á ella, á la señora misma, de mi parte. ¿Te enteras?

—Sí, *siñor*.

—Cuando la señora salga le entregas el ramo y añades: Señora, ha dicho mi amo que perdone vucencia mi brutalidad y que aquí tiene este ramo de flores. ¿Has comprendido?

—Sí, *siñor*.

Salió Ramón como un cohete; llegó al puesto de flores, dió los cinco duros, cogió el obsequio, dirigióse á casa de la duquesa, habló con Juana, y cuando Fernanda salió al gabinete donde el asistente aguardaba, éste, saludando, le alargó el ramo y murmuró:

—*Siñora*: ha dicho mi amo que perdone vucencia mi brutalidá y que aquí *tié* el *ramico*.

—Bien, hombre bien; dile á tu amo que no se preocupe.

Y la duquesa, abriendo su portamonedas, entregó dos duros á Ramón.

—No, *siñora*—dijo éste,—*urencia s'e quivoca*... Son cinco duros.





I

Don Antonio de Luna Cascajares y Pérez de Cañedo, es, sin disputa alguna, el hombre más feliz del universo. Los nobles apellidos que anteceden, y tres ó cuatro más que me reservo, demuestran á las claras que don Antonio es hombre de abolengo; pues según las noticias fidedignas que han llegado hasta mí, este sujeto descende en línea recta, por el lado paterno, del cuñado del primo de un hermano de un célebre y honrado Guarda-sellos de Chindasvinto El Magno, (por otro nombre *El Memo*), en cuya corte goda ó visigoda, (pues de esto no me acuerdo) hizo furor la gracia y gentileza del ilustre, gallardo y bien compuesto ascendiente de Luna Cascajares y Pérez de Cañedo.

Por parte de la madre, y en línea también recta, según creo, descende don Antonio de una infanta ó princesa gentil de talle esbelto, que tuvo amores fáciles con un bravo teniente de ingenieros, en la corte de Gracia del Califa Boabdil el Sarraceno. De modo que, sin miedo á equivocarnos, asegurar podemos que don Antonio Luna Cascajares y Pérez de Cañedo, lleva en sus venas, de un azul muy pálido, sangre de real... y medio.

II

Buscando don Antonio la otra noche, (noche hermosa de invierno,)

aliento á sus empresas y á su pasión alientos, se dijo:—¡Vive Dios!
¿Dó iré en busca de lid y galanteos mejor que á un Music-Hall?
Y á un Music-Hall se fué, muy satisfecho, con la mar de ilusiones en la chola y sin llevar en el bolsillo un *perro*.
¡Que hasta la hora presente no ha surgido un filósofo huero que pueda demostrarnos que sea incompatible y antitético tener prosopopeya y no tener dinero!
Una vez terminado el espectáculo, se internó en el *foyer* nuestro sujeto, sentándose á la vera de una hermosa *divette* de aquel concierto, mujer extraordinaria que tenía cara de diosa y de demonio cuerpo.
—¡Vive Dios que sois bella cual ninguna!
¿Me dáis conversación? —dijo Cañedo.
—Que traigan dos *bistés* y unas botellas, y diga cuanto guste el caballero...

III

Resumen: Veinte duros de gasto; diez *trompás* del camarero, y diez días de cárcel por meterse en camisa... de once metros.

Y como diz que todo en este mundo (que el asonante obligame á ver negro) debe tener su fin y moraleja, he aquí la moraleja de mi cuento:

Aunque de godos príncipes descendas y de altivos califas sarracenos, no hagas nunca el Tenorio sino llevas la bolsa bien repleta de dinero.

J PASTOR RUBIRA





—Los besugos le garantizo á usted que los tengo muy buenos; el sal monete superior, y sobre todo, lo que hoy tengo muy buena es la almeja.



*Al mirar á esta chiquilla,
el corazón, hecho cisco,
me baila de coronilla.
¡No sé si darle un pellizco
ó si hacerle una cosquilla!*

COQUETERÍA



*La más grata ocupación
de esta muchacha tan bella
es contemplar sus hechizos
en la luna de Venecia.*

*Y al mirarse tan hermosa,
piensa la pobre con pena:
—¡Ay, Dios mío, cuánta falta,
cuánta falta hace que llueva!*



...y le pusieron inri.

He aquí un pequeño incidente que, aunque tiene mucha gracia, maldita la que le haría al buen señor de alma cándida que fué por su desventura de caso inocente causa, ó si se prefiere, cómplice inconsciente, ó si es que agrada mejor, víctima expiatoria, ó... en fin, lo que os dé la gana, pues es papel para todos los gustos el que se trata. El buen señor de mi cuento hace tiempo que se halla casado con una joven rubia de belleza rara, y hace tiempo que la rubia joven al señor engaña, pues diz que antes de casarse de picos pardos andaba con no sé yo qué pariente del que al altar la llevara. Como todo el mundo sabe, por fortuna ó por desgracia, nunca en caso como este un buen amigo no falta que nos diga con misterio aquestas ú otras palabras: —Ten cuidado con tu esposa porque hace tiempo que anda por caminos no muy rectos; lo digo por si hace falta que sepas lo que te ocurre, por lo demás... ya ves ..

—Gracias—

el atolondrado esposo

dice, mientras se le para el corazón en el pecho. Y el infeliz, busca, indaga, hasta que al fin da en el lío, y conoce su desgracia, y se conforma con ella si es pariente de Juan Lanás, ó en los infames adúlteros toma espantosa venganza, si cree en el honor y en toda vaciedad de melodrama. Bueno, pues al de mi historia que, palabra por palabra, le ocurrió lo que ya he dicho, pero que no se llamaba Juan, ni menos era el hombre ningún tigre de Bengala, una vez ya convencido se marchó á verse las caras con no sé qué policía, y en unión de cuatro guardias fuéronse al hogar sagrado que, cínica, profanaba la adúltera; pero antes, para el caso de que hallaran á obscuras á los amantes, el inspector se prepara de una vela, demostrando nariz fina y vista larga en esta clase de asuntos. Llegan, por fin, á la casa, y al entrar, el policía la vela enciende, y encarga al ultrajado marido que les alumbre.—Faltaba esto no más, para *inri*

de mi completa desgracia.
—Venir yo mismo á alumbrarles!...—
la pobre víctima exclama.
Y con la intención aviesa
de un berrendo de Jarama,
el inspector le interrumpe:

—El que se queje me extraña,
pues le doy precisamente
la misión más delicada,
el lugar de menor riesgo
y el papel que más le cuadra.

Contra el vicio de pedir...

Se trata de una encantadora *desnudable* famosa, aun más que por su belleza, por la decidida afición que tiene por los cocktacls al ether, y que, recientemente, se ha visto en la triste situación de abandonar el lujoso cuarto que habitaba, acosada por los acreedores, y pedir hospitalidad á una colega no menos hermosa que ella, pero más afortunada.

Bueno; pues la hermosa en cuestión había hallado un recurso un tanto original para



rellenar frecuentemente su bolsa, aun más frecuentemente vacía. El recurso indicado, sencillísimo por otra parte, consistía simplemente en lo que sigue:

Siempre que encontraba un amigo generoso que consintiera en convidarla á cenar, lo que ocurría á menudo, ella aguardaba invariablemente á que llegase el final de la cena, y entonces echábase á llorar con el mayor desconsuelo y á remover cuanto veía en el gabinete, desde sus propias ropas, las ropas de la hermosa y no las del gabinete; ante este llanto y esta agitación febril, el galán de turno preguntaba, también invariablemente, las causas de toda aquella escena, y ella, deshecha en suspiros lamentábase de haber extraviado el bolsillo, que contenía, según la compungida bella, cincuenta ó cien pesetas. Resumen: que el anfitrión, por evitarse el horror de un llanto inacabable, á más del escándalo muy posible, largaba las pesetillas, y todo quedaba en la mejor armonía.

Fiel á este sistema, y satisfecha de sus resultados, repitió el juego hace tres ó cuatro noches con un sportman distinguido y célebre por su esplendidez, el que al presenciar el llanto y la escena inevitables, se contentó con decirle: «No te apures y déjame en paz, que mañana á primera hora tendrás lo que dices haber perdido.»

Con efecto; á la mañana siguiente la astuta *demi-mondaine* recibía una carta de su enamorado de la noche anterior conteniendo un billete de veinte duros (era la cantidad de turno) y la dirección de un establecimiento benéfico, con una nota en la que el generoso donante recomendaba á la bella á la caridad del director de la casa de beneficencia.

El hecho, al hacerse público, ha hecho reir no poco á todas las compañeras de galanteos de la aprovechada *desnudable*.

LOVELACE

UN DRAMA EN TANDEM, POR TUR



EXPOSICIÓN



NUDO



DES-ENLACE

Á LA SEÑORA DOÑA RAMONA

VIUDA DE SU MARIDO

Que soy un tipo vulgar
más feo que Lucifer,
me dice usted, sin cesar,
mientras yo la dejo hablar
como quien oye llover.

Comprendo perfectamente
que esta sombra pecadora
ha de serle indiferente
á todo bicho viviente...
(incluyendo á usted, señora.)

Voy cruzando inadvertido
por este mundo; y no sé
el *por qué* de haber nacido;
mas supongo que no ha sido
para morir por usted.

Yo jamás me permití
la más simple libertad
desde que la conocí.
¿Ha notado usted en mí
alguna informalidad?

En la calle, en el paseo,
en cuantas partes la veo,
no la saludo, señora,
con la gracia encantadora
de las gentes de mi empleo? (1)

Y si es verdad cuanto digo,
si siempre he sido un amigo
fino, atento, servicial...
¿Por qué me quiere tan mal?
¿Qué rencor tiene conmigo?

Sin duda usted interpretó
por cariño mi fineza...
¡Pues, hija, se equivocó!
A mí no se me pasó
siquiera por la cabeza.

Siempre la consideré
mi más distinguida amiga;
mas veo que me engañé,
pues me voy creyendo... que...
¿quiere usted que se lo diga?

¿Dice usted que sí? Pues nada;
hablemos con claridad:
usted está despechada
porque se halla enamorada
de mi personalidad.

No tengo más que decir,
ni más gana de escribir.
Dispénsenme usted por todo
y á ver si encontramos modo
de no darnos *que sentir*.

Yo, por mí, sé ciertamente
que esta *sombra* pecadora
no le ha sido indiferente
á todo bicho viviente...
¡A los pies de usted, señora!

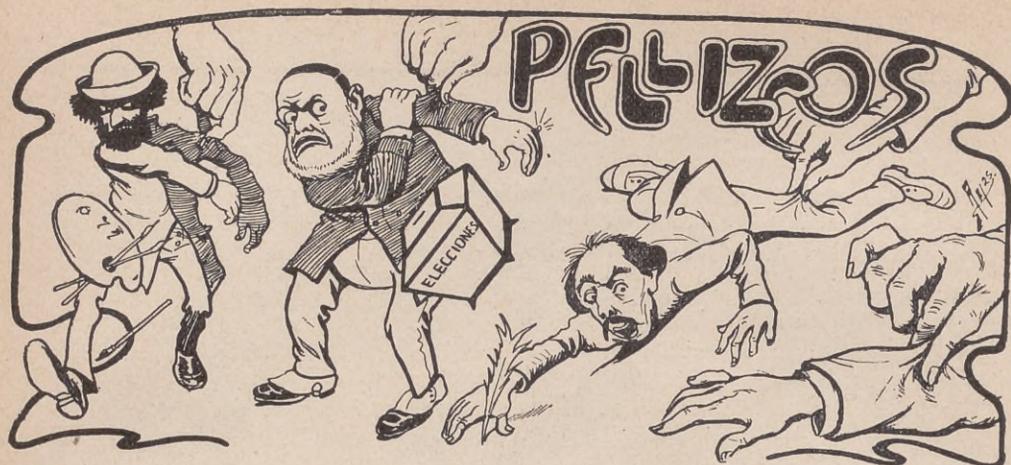
ALFONSO TOBAR

(1) Visitador de consumos.



JESINA VERA

BAILES ESPAÑOLES. — *Sevillanas.*



La necesidad de rectificar algunas afirmaciones y de aclarar varios conceptos de los números anteriores, no va á dejarnos hoy tiempo ni espacio para pellizcar á nadie. Tanto mejor para todos: para los que habian de ser pellizcados y para nosotros que los habíamos de pellizcar; especialmente para nosotros, pues tal como las cosas se van poniendo, no van á poder escribir periódicos sino los *mencheteadores* que estén dispuestos á piropear á todo bicho viviente. En menos de quince días, y sin salir de Barcelona, se han registrado los siguientes sucesos, por demás expresivos y contundentes: un empresario quiso pegar á un crítico que se atrevió á decir que el empresario dirigía su negocio con mediano acierto; un cierto empleado del Ayuntamiento abofeteó bonitamente á un concejal que censuró á ciertos empleados en el consistorio; un editor largó un palo á un periodista que había hecho una gracia á costa del editor, y más tarde el periodista devolvía el palo al editor... y á juzgar por las señales, aún no ha acabado la racha.

Dejemos, pues, de pellizcar hasta ver si se amortiguan estos bélicos ardores, que nosotros juzgamos hijos de la primavera, y limitémonos á rectificar nuestras erróneas afirmaciones y nuestros equivocados conceptos, cosas ambas que nos están pecando en la conciencia como una losa de plomo, ó como un artículo de don Teodoro Baró, que todo es comparar.

* * *

Empecemos por el Fiscal.

En nuestros números anteriores hemos dicho y repetido que el señor fiscal nos había denunciado, y que parecía dispuesto á lograr á fuerza de denuncias la muerte de nuestra modesta publicación. No habría para qué decir que nosotros, que queremos á este periódico como hijo nacido de nuestras propias entrañas, anunciábamos su probable muerte vertiendo sobre las blancas cuartillas lágrimas como garbanzos. Nuestro temor—y aquí empieza la anunciada rectificación—era ridículo en fuerza de ser infundado. Así como el alocado hidalgo manchego tomaba los molinos por gigantes y por cosa formidable y extraña el ruido de unos vulgares batanes, nosotros tomamos por el, Fiscal de S. M. al señor Fiscal municipal del distrito de la Universidad.

La equivocación es de tal monta, que no podemos por menos de sonrojarnos al tener que confesar en público que hemos temblado de miedo, llorando, como hemos dicho, no sólo nuestra prematura y terrena muerte, sino lo que es peor, el eterno castigo que en la otra vida nos aguardaba, pues moríamos de la más perra muerte que nos podía matar: á manos de la justicia y pecadores impenitentes.

¡Ay! ¡cómo hemos respirado al salir de nuestro error!

Posible es que al llegar aquí nos pregunte alguno de nuestros lectores... pues bueno es que sepa el señor fiscal municipal del distrito de la Universidad que, á pesar de cuanto ha hecho, aún hay gentes que nos leen; posible es, repetimos, que algún lector nos diga: Pues si recibieron ustedes la denuncia, ¿cómo no leyeron en ella quién les denunciaba y perseguía?

A esta pregunta respondemos con nuestra acostumbrada franqueza, que en efecto recibimos no una, sino tres denuncias; pero que fué tanto el temor que nos produjeron,

que ni rompimos el sobre ni menos lo leímos... ¡Cualquiera se acerca á una cosa que le asusta!

Y aquí volverán á preguntarnos los lectores, si es que son tan curiosos como nosotros nos lo figuramos. — Pues, si tan poco frío y tan poco calor les dió á ustedes la denuncia, que ni siquiera la leyeron, ¿cómo se enteraron de que estaban denunciados?

¿Y cómo nos habíamos de enterar, sino leyendo los periódicos diarios, que suelen contar todo, aunque con poca gramática?

Estaría bueno que esos periódicos que dedican dos columnas á referirnos con todos sus pelos y señales, cómo y por qué se ha casado en la cárcel el criminal apodado *Nelo*; que esos periódicos que saben, y que si no lo saben, inventan lo que pasa en la Manchuria, dónde está Kouropatkine y lo que piensa hacer Nogi; que esos periódicos, en fin, que pagan hasta ocho duros á todo un señor periodista para que cuente en telegramas fusilados de *La Dépêche* lo que ocurre en Barcelona, y que en sabiéndolo no se dieran prisa á referirse al público.

Pues sí, por los periódicos supimos que nos había denunciado el fiscal por haber publicado cosas inmorales. En lo de ser el fiscal el denunciante, ya hemos hecho las aclaraciones oportunas; en lo de las inmoralidades, estamos también seguros de que debe de ser equivocado el informe.

Tenemos un horror tan invencible á referir cosas inmorales, que ni aun en esta sección del periódico, destinada á charlotear de enredillos que sabemos, hemos querido hablar nunca de ciertas historias que conocemos muy bien y que si por fin nos da el naipe por publicarlas, va á tener el señor fiscal municipal del distrito de la Universidad que denunciarlas por inmorales de veras.

* * *

Hagamos ahora una aclaración importante.

En nuestro último número, que tampoco ha sido del agrado del señor fiscal municipal que ustedes saben, nuestro muy querido compañero *El Lucero del Alba*, que como buen periodista no hay cosa que no averigüe ni secreto que no descubra, daba cuenta de una aventura erótica, en la que figuraban como personajes únicos (para lo que hicieron no hacía falta sino dos personas), una horizontal encantadora y un señor Peray, bibliotecario de un personaje empingorotado. Cuando se publicó el dicho artículo, no sabíamos que existía un fiscal municipal del distrito de la Universidad, y menos aún teníamos noticia de que el tal fiscal era á la vez bibliotecario del señor Obispo de la Diócesis, amén de ser enemigo nuestro y de llamarse Peray.

Como las coincidencias son tantas, nos apresuramos á declarar espontáneamente, que el Peray, que hace *aquello* con la horizontal, no es el señor Peray que está empeñado en *hacérselo* á nosotros.

Por ahora nos es fiel y no se ocupa sino de (cuidado con la preposición) nosotros.

Bien sabemos que esta rectificación no era necesaria, pues nadie que conozca medianamente al señor Peray, nuestro ilustre denunciante, puede haber sospechado, ni aun por asomo, que fuera él el Peray de la horizontal.

¿El buscar á una mujer?

¡Jesús, qué dirían en el obispado!

* * *

Otra rectificación, y será la última:

En algún número hemos dicho que estábamos decididos á convencer al señor fiscal de que somos duros de pelar y que estamos hechos á prueba de denunciar.

Hoy, arrepentidos de haber hecho semejante afirmación, prometemos formalmente no volver á ocuparnos del señor Peray, ni como fiscal ni como bibliotecario del señor Obispo.

Francamente, para hablar continuamente del señor Peray, no valía la pena de publicar un periódico.

Además, que ya nos hacemos cargo que nos denuncia por fuerza. Lo importante para él es dar gusto al señor obispo, quien por lo visto se contenta con muy poco.

ALREDEDOR DEL AMOR

(ANÉCDOTAS Y CURIOSIDADES)

Aspasia de Mileto

Cortesana griega, famosa por su hermosura, tanto como por su corrupción y su talento. «Corrió á la gloria por medio de la infamia», dice de ella uno de sus biógrafos.

En su casa reuníanse para oír la las personas más cultas de Atenas. Enseñó públicamente Retórica, y se asegura que fué maestra de Elocuencia de Pericles. A ella, antes que á ninguna otra mujer, se aplicó la palabra *hetaira*. Era tal la distinción y elegancia de sus modales, que muchos le llevaban á sus mujeres y á sus hijas para que aprendieran á imitarla. Fué amiga íntima de Sócrates, que gustaba discutir con ella. Cuando llegó á vieja, reunió en torno de ella las más lindas jóvenes de Grecia, á quienes corrompía y diseminaba luego por Grecia, como si fuesen propagandistas de la religión del amor. Aristófanes la acusa de haber ocasionado la guerra del Peloponeso. He aquí sus palabras: «*Unos jóvenes, recalentados por el vino, van á Megara y roban á la hetaira Simete. Los de Megara, irritados, vienen y se llevan dos jóvenes de las de Aspasia, y de este modo tres prostitutas causan la guerra que abrasa toda la Grecia.*» Acusada por el poeta Hermipo de atraer mujeres honradas á su casa y corromperlas, Pericles acudió al tribunal á defenderla, y delante de todo el mundo la besó y abrazó y lloró sobre su hombro tiernamente, logrando salvarla. Al fin se casó con ella. Aspasia compuso versos y discursos muy notables.

El corazón

El corazón es un órgano hueco, en donde el niño de la venda suele fabricar las ilusiones de la pasión, los agujones del odio y los agudos dientes de la envidia.

Suele estar en continuo movimiento, pues es travieso y vivaracho por naturaleza: pero cuando el revoltoso hijo de Venus se aposenta en alguna de aquellas cavidades, el corazón, inquieto, acelera su marcha y transmite el movimiento á los ojos, cuya mirada adquiere una dulzura extraordinaria, y á la voz, cuyas modulaciones se impregnan en pura miel de Alcarria.

Hay ocasiones en que la voluntad se opone á que los afanes del corazón salgan á los ojos; y cuando la voluntad es firme sale vencedora. Por eso es muy conveniente que te guardes bien de los hombres, y sobre todo de las mujeres, que suelen tener más voluntad que el sexo fuerte para apagar las misteriosas vibraciones del corazón.

Los ojos son delatores impenitentes en la mujer sincera; acusan á gritos los vaivenes del corazón, y entonces la mujer está perdida; pero suele encontrársela algún aprovechado á quien le importan poco los aleteos del niño loco.

El corazón, por misteriosas afinidades del organismo, pone en conmoción toda la naturaleza humana, y ha sido origen de numerosas revoluciones políticas y de grandes trastornos sociales. Lays traía á mal traer el corazón de casi todos sus contemporáneos, incluso el de los más grandes filósofos, respetados por toda la Grecia, los cuales bailaban de coronilla por un beso de la famosa *hetaria*; y como este ejemplo de la antigüedad pueden traerse á colación otros innumerables de mujeres de todos los tiempos que revolucionaron el mundo.

Hoy bailamos también de coronilla cuando el corazón lo manda; y lo único que podemos pedir es que el tal se nos duerma á pierna suelta; y, si hay que bailar de coronilla, que bailen ellas por nosotros mientras dormimos; que el corazón es el peor enemigo que nos podemos echar á la cara.

OBRAS DE PAUL DE KOCK

TOMOS PUBLICADOS A 50 CENTS.

El señor Dupont.
Marido sin mujer.
Una barbiana.
El cornudo.
El amor por las calles.
El hijo de mi mujer.
La hermana Ana.
La señora de Pantalón.
La inocente Virginia.
La Duquesita.
Los milagros del amor.
Rosita y Rosina.
Taquinot el jorobado.
La rival de su hija.
La pérfida Fanny.
Georgina.
Gustavo el calavera.
Andrés el Saboyano.
Un marido infiel.
A lo que obliga un desliz.
La señorita del piso quinto.
La señora de Cucurucho.
La querida del Coronel.
La hija adulterina.
El demonio de la alcoba.
Un aspirante á marido.
Los hijos del boulevard.
Isidoro el expósito.
Jacobo el perverso.
Las ligas de la desposada.
Una casa de vecindad.

Un racimo de grosella.
La explotadora de amantes.
La joven de los tres corsés.
La lechera de Montfermeil.
La familia Gogo.
Las mujeres, el vino y el juego.
La casa blanca.
La mujer, el marido y el amante.
La joven de las tres enaguas.
Las travesuras de Frasquita.
Un marido en busca de su mujer.
El hombre de los tres calzoes.
Ni viuda, ni casada, ni soltera.
La boda de maese Pesezones.
El amor que pasa y el amor que viene.
Conquistas de un joven caudido.
La senda de los círculos.
La sonámbula.
El muchacho de la esquina.
El hombre inculto.
La linda Margarita.
El tesoro escondido.
Una mujer de tres caras.
Papá suegro.



OBRAS DE EDUARDO ZAMACOIS



A 4 reales en rústica y 6 encuadernadas.

De carne y hueso.
Punto-Negro.
Loca de Amor.
El Seductor.
Duelo á muerte.
Impresiones de Arte.
Incesto.
Memorias de una cortesana.
(Un tomo gran tamaño: 2 pesetas)
La enferma.
De mi vida.

A 50 CÉNTIMOS

Horas crueles.
La Quimera.
Bodas trágicas.
Amar á obscuras.
El Lacayo.
Noche de Bodas.
La Estatua.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

Figuras de la baraja. LAS COTAS 13



Oros



Copas



Espadas



Bastos

K